

dia sobrevendría nada menos que el juicio final, y los mas animosos esperaban un segundo diluvio universal. Los teólogos severos criticaron al autor por su atrevimiento de hablar de los decretos de Dios; los astrólogos, envidiosos de la fama de su competidor, pusieron su profecía en ridículo; pero á estos últimos contestó Stoffer que nada había dicho ni de diluvios ni del fin del mundo, ni había citado á persona ni país alguno; y á los primeros dijo que él distinguía dos causas, una primera y otra segunda, la primera se derivaba directamente de Dios, y estaba fuera del alcance humano, y la segunda consistía en los medios de que Dios se servía para efectuar sus resoluciones, y estos medios podía el hombre estudiarlos y exponerlos.

Lo mas singular fué que la fama de Stoffer no sufrió en lo mas pequeño cuando el ominoso año pasó sin que ocurriera nada absolutamente de lo que había pronosticado; pero como al año siguiente tuvo efecto la gran sublevación de la población rural contra los señores, hubo muchos que vieron con esto cumplida la profecía del astrólogo.

Los astrólogos eran, como se sabe, personas estudiosas y hasta eruditas al estilo de la época; muchos eran filósofos, ó mejor dicho, genios investigadores, porque filósofos verdaderos no existían todavía en aquel tiempo, lo que llamaban filosofía en las universidades se reducía á las definiciones escolásticas de conceptos ideales. El humanismo no produjo idea alguna, y el único fruto que dió fué restablecer el reinado de los autores clásicos, en especial la autoridad de Ciceron y de Quintiliano, y siguiendo ciegamente á los italianos, la supremacía de Platon sobre Aristóteles. En la gramática hicieron la guerra al libro de Alejandro de Villedieu (de Villa Dei), y en materia de lógica y dialéctica combatieron el libro de Pedro Hispano, pero con escasísimo resultado, porque los libros de enseñanza con que algunos humanistas, como Agricola, quisieron reemplazar á los libros análogos usados desde mucho antes, no fueron aceptados por las universidades, y veinte años despues de la muerte de Agricola, la universidad de Wittemberg, que entonces acababa de fundarse, eligió para la enseñanza de la filosofía un libro de texto escolástico, el Tartareto.

Uno de los llamados filósofos de aquella época, Gregorio Reysch, profesor de la universidad de Friburgo, escribió una especie de enciclopedia filosófica, titulada: *Margarita philosophica*, la cual nos da á conocer lo que en aquel tiempo era la filosofía. El libro, que es un tomo de grandes dimensiones y de 600 páginas, trata de gramática latina, del arte de escribir cartas, de aritmética, música, geometría, astronomía, lógica, retórica, ética é historia natural. La ética comprende tambien lo principal de la teología: el autor se expone difusamente sobre el alma, califica de demencia la opinion de los maniqueos de que el alma es una partícula de la esencia divina, y prueba por medio de la Sagrada Escritura la existencia del purgatorio, negada por la Iglesia cismática griega. Todo esto es perfectamente escolástico y residuo de la Edad media, pero los estudios modernos del autor se revelan cuando demuestra con la autoridad de Platon la inmortalidad del alma, y la confirma, á mayor abundamiento, con la Sagrada Escritura, como si la autoridad de esta viniese solamente en segundo lugar. Esta mezcla de escolástica y humanismo se manifiesta en todo el libro, en el estilo, en los esfuerzos para escribir castizamente, por un lado, y por otro conservar lo viejo, y en las mismas ilustraciones, en las cuales luchan los conceptos infantiles con rasgos artísticos. En las materias propiamente filosóficas sigue el autor á Aristóteles, al cual cita mas, pero siempre en latin, excepto en ediciones posteriores, cuando ya había caracteres griegos, si bien toscos. Entre los padres de la Iglesia parece dar la preferen-

cia á San Agustín. Además de las materias dichas, discute el autor en la misma obra cuestiones pedagógicas, da principios de fisiología, explicaciones astrológicas y jurídicas, siendo el objeto principal de toda la obra recomendar la ciencia verdadera en oposicion á la mera curiosidad científica.

Ulrico Zasio, reformador de la jurisprudencia, que vivió desde 1461 hasta 1535, era catedrático de esta asignatura en la universidad de Friburgo. En su tiempo se introdujo en Alemania el derecho romano y con él el odio de los humanistas italianos á la carrera de las leyes, odio que imitaron los humanistas alemanes simplemente porque lo tenían los literatos italianos. Bebel habló con desprecio del código de Justiniano, y cuando Zasio le preguntó cuáles eran las razones que justificaban su desprecio, no supo qué contestar, sino que no se había cuidado nunca de buscar razones, y le bastaba que Valla hubiera mostrado un desprecio igual. A la simple imitación se agregó poco á poco el mismo motivo que había producido la aversion de los italianos hácia el estudio de las leyes, á saber, el haberlo de hacer por fuerza cuando los jóvenes preferían ocuparse simplemente en las bellas letras. Para vengarse, acusaban á los juristas de logreiros y charlatanes, pero lo que les repugnaba en realidad era la actividad, el trabajo fijo é ineludible por los compromisos que tenían que adquirir con otras personas, clientes, jueces y abogados, en una palabra, la vida real. Wimpfeling, que jamás pasó de los principios de la carrera de leyes, dijo: «Encontré demasiado poco, en los textos y sus glosas, de Dios, de los ángeles, del alma y de sus facultades, de las virtudes, de la vida y muerte, y de la pasión de nuestro Salvador Jesucristo, pero en cambio hallé mucho de categorías oficiales, de prebendas, de pleitos y causas; de jueces, quejas, demandas, querellas, trabajo infinito, prolijidades en las actas, cosas todas muy lucrativas pero que repugnan completamente á mi índole.»

Estos motivos de repugnancia significan poco cuando los alegan hombres que como Wimpfeling no habían penetrado seriamente en los estudios de la jurisprudencia; pero véase cómo se expresó respecto de esta carrera un hombre estudioso, de talento y de saber vasto para la época y para el estado de la civilización del país: «La ciencia del derecho, que tan cara cuesta á los litigantes y que los abogados califican de divina, por no decir mas, no vale para los genios elevados tanto como cualquier oficio manual. ¿Qué mérito, dignidad ni adorno cabe en un estudio que gira alrededor de puntos y letras que dilucida y explica? ¿Cómo puede calificarse de ciencia un estudio que ha de servir para dar razón á las pretensiones de todo el mundo y del cual se espera lucro material? ¿Es cosa tan grande el conocer todos los artículos y párrafos de las leyes, y el saber emplearlos en todos los casos, cualesquiera que fueren? ¿No tiene igual mérito el boticario que para cada enfermedad conoce los ungüentos y remedios correspondientes, y el maestro de obra prima que sabe adaptar á cada pié su calzado? La justicia es lo que el hombre quiere; los jueces, que son hombres y por lo mismo débiles, fallan despues de haberse dejado seducir con halagos ó regalos, ó con la elocuencia de la parte interesada.»

En el mismo sentido se expresaron otras eminencias humanistas como Brant, Erasmo, Euricio Cordo, Ulrico de Hutten y el mismo Zasio, que era jurista. Erasmo dijo que era mas fácil sufrir tres exámenes de jurisprudencia que uno de gramática; Cordo aconsejó á un amigo suyo que quería dedicarse á la jurisprudencia, que no se afanase en estudiar y que procurase solo adquirir práctica en la charla y en el arte de mentir y ser truhan. Ulrico de Hutten, que había tenido que sacrificar una parte de su juventud á este estudio, con gran dolor é impaciencia, acusó á los juristas de empo-

brece y devastar la Alemania, en union de los comerciantes y médicos, y proclamó dichosa á la raza sajona que habitaba las orillas del Báltico, porque sus individuos eran «sanos de cuerpo y de espíritu, y viviendo fieles á su manera primitiva y sencilla, no necesitaban médicos ni toleraban abogados en su país.» Zasio, que además de ser jurista fué tambien humanista, criticó severamente el estado en que se hallaba la jurisprudencia, los defectos de sus representantes y la autoridad que se atribuía sin ningun criterio á los comentaristas de la Edad media y á tradiciones que se habían formado en el transcurso de siglos.

Ulrico Zasio fué nombrado en 1492 secretario, ó sea canceller, de la ciudad de Friburgo, donde posteriormente dirigió la escuela de latin y enseñó á fines del siglo la jurisprudencia. Fué el primer alemán que se atrevió á examinar y analizar las explicaciones y comentarios publicados sobre el derecho romano por autores extranjeros, italianos y franceses, pidiendo que la jurisprudencia se rejuveneciese y vigorizase en las primeras fuentes, utilizando los conocimientos modernos de las lenguas antiguas. A su influencia directa ó indirecta debióse la publicación hecha por G. Haloander, en Nuremberg, con el apoyo de las grandes colecciones de leyes, instituciones, pandectas y otros materiales jurídicos de los antiguos y de los bizantinos. No por esto era Zasio partidario á todo trance del derecho romano, del cual quería ver adoptado solo «lo útil, saludable y adaptable á las costumbres y usos admitidos en Alemania.» En este sentido reformó el código de la ciudad de Friburgo, y en menor grado el del marquesado de Baden. Por la misma razon fué enemigo declarado de todas las tentativas de popularizar en Alemania el derecho romano por medio de traducciones alemanas, como la de las *Instituciones*, de Justiniano, que hizo Murner, lo cual le hizo decir: «Merecen castigo los que traducen á su lengua materna la ciencia del derecho civil, que apenas conocen por el forro, y la hacen servir para toda clase de juguetes (Murner había compuesto un juego de naipes sobre la jurisprudencia), como si no tuvieran bastante con su necesidad propia y quisieran volver necios á los demás.»

Zasio mantenía estrechas relaciones con los humanistas del Alto Rhin, y era como ellos algo partidario de Reuchlin, porque si bien no tomó parte en las contiendas de este, en la relacion de su viaje por Alemania le califica de peligroso para sus enemigos.

CAPITULO IX

JUAN REUCHLIN

Juan Reuchlin era, como Erasmo, perito en casi todos los ramos del saber, que recibieron en tiempo del humanismo un nuevo impulso. Su especialidad era la jurisprudencia y toda su vida llevó con orgullo el título de doctor en leyes. Durante muchos años tuvo abierto bufete de abogado en Stuttgart y por espacio de mas de diez fué uno de los tres jueces supremos de la confederación de Suabia. Tambien aseguran contemporáneos suyos dignos de fe, que escribió tratados jurídicos. Tocó de paso en la medicina é historia natural, traduciendo algunos autores griegos, en cuyo idioma era maestro y uno de los pocos que propagaron su estudio, ya por medio de conferencias privadas y en clases públicas, ya por medio de trataditos, lo cual bastó á muchos para llamarse discípulos suyos antes de que, entrado ya muy en edad, enseñara como profesor de número en las universidades de Ingolstadt y Tubinga, suceso que fué celebrado en todo el ámbito de Alemania. Capnion, la traducción griega de su apellido Reuchlin (Humito), era su nombre científico,

que él mismo se había dado, pero generalmente usó su apellido alemán sin añadidura latina siquiera, lo cual era contra la costumbre de su época. Era buen latinista y conocía á fondo la literatura clásica latina, aunque no escribía esta lengua con elegancia. En su juventud escribió un vocabulario ó ensayo de diccionario latino, como ya dijimos al hablar de los trabajos lexicógrafos de los humanistas alemanes; y sin ser este trabajo una obra memorable, ofrece mejoras sobre lo anterior, porque el autor corrigió en él muchas expresiones viciadas de bajo latin, y tomó por base única los autores clásicos. Se sirvió de su idioma natal, con bastante vigor y habilidad, en algunas traducciones destinadas á príncipes que no entendían el latin y en dictámenes, consejos y defensas que dirigió, ya al emperador, ya en ciertas ocasiones al pueblo. Tambien se ocupó en asuntos históricos, y escribió en Heidelberg una historia, dividida en cuatro partes, de las cuatro edades del mundo, que muchos consideran como la primera obra de esta clase, fruto del humanismo. Tambien escribió una gran apología de la historia por via de introducción á la grande crónica de su paisano Juan Naukler. Igualmente era poeta en el concepto de la época, es decir, que componía versos, pero no laudatorios, como la mayor parte de los humanistas, sino las dos comedias de que hablamos en otro capítulo, y que imperfectas como son, ofrecen notable interés para la historia de aquella época.

Sin embargo, debió su gran celebridad á sus dos obras: *De verbo mirifico* (El verbo milagroso), que publicó en 1494, y *De arte cabbalistica*, impresa tres años despues. En ambos trabajos le auxiliaron judíos eruditos. La primera obra viene á ser la introducción para la segunda, y está escrita en el espíritu del célebre italiano Pico de la Mirandola, á quien Reuchlin agradecido llama «el sabio conde, el hombre mas docto de nuestra época.» Las fuentes en que se inspiró son las mismas para ambas obras, á saber: los filósofos griegos neo-pitagóricos y la literatura hebrea cabalística de la Edad media, que ocupó tanto á los hombres del Renacimiento en Italia, en cuyo país tambien Reuchlin había cobrado afición á este estudio. La cábala es la ciencia oculta hebrea, que tomó cuerpo en los primeros siglos de nuestra era y pasó de generación en generación verbalmente, hasta que fué reunida en un cuerpo de doctrina escrito despues del siglo xii. El objeto fundamental de esta ciencia, que contó adeptos entre los cristianos en tiempo ya remoto, es la resolución de dos misterios que la Biblia deja sin resolver satisfactoriamente, á saber: la esencia de Dios y la historia de la creación. Segun Reuchlin, la cábala está íntimamente ligada con la doctrina neo-pitagórica, porque Pitágoras había tenido por maestros á sabios judíos. Ninguna de estas dos doctrinas ó ciencias, dice Reuchlin, tiene por objeto ni la magia ni la astrología, ni otra ciencia oculta alguna, sino únicamente la aproximación del espíritu humano á Dios, la espiritualización de la vida terrestre y la preparación para la bienaventuranza celestial.

El verbo milagroso cuya virtud se propuso demostrar Reuchlin es el nombre de Dios, Jehovah, escrito con solo estas cuatro letras: *Jwhh*, nombre que por lo sublime no se atreven á pronunciar los judíos, y «que, dice Reuchlin, no ha sido inventado por el hombre sino que ha sido dado por Dios mismo, para designar su esencia en la religion primitiva.» Este nombre, pues, sirve así de lazo entre los mortales y la esencia divina é infinita, y en la obra de Reuchlin entre los interlocutores, el pagano Sidonio, el judío Barujia y Reuchlin, de los cuales el primero representa el materialismo, el segundo la inteligencia, y el tercero las dos cosas unidas, ó sea el término medio. El misterio del citado nombre de Dios es profundísimo, segun Reuchlin, porque la *J*, su primera